

sia á las discusiones de la escuela. ¿Qué debemos decir pues de los que han querido hacer de la palabra *molinista* un apodo injurioso, sino que era una cosa muy agena de razon dar en rostro á los jesuitas con que aprobaron un sistema no condenado, cuando entre ellos se profesaba una doctrina tantas veces y tan solemnemente proscrita? Los demas de esta religion que han caido en algun error no han formado secta, y se puede observar que la mayor parte de aquellos cuyos desvíos se citan no eran de nuestra nacion: así es que las faltas de algunos particulares no fueron las que dieron á los jesuitas tantos enemigos. Una de las principales fuentes del odio que se les tuvo fué su celo por la religion. Este celo manifestado de un modo notable en tiempo del nacimiento del jansenismo produjo contra ellos el desencadenamiento mas violento. Los novadores les atribuyeron todos los golpes que recibian. Este era un ardid para hacer creer que las condenaciones contra la secta naciente eran el fruto de una cabala, y para esplicarse en consecuencia con mas libertad sobre unos juicios á que estaban decididos á no obedecer. Si la compañía no fué de las últimas en impugnar el error, ciertamente no fué la única; y seria absurdo poner á su cuenta todo lo que la Iglesia ha hecho en el espacio de cien años contra la doctrina del obispo de Ipres y de sus secuaces. Los jansenistas mismos nos han enseñado que la compañía de Jesus tenia poco crédito en Roma bajo el pontificado

de Inocencio X. M. Hallier, que fué enviado á Roma para la condenacion de las cinco proposiciones, no ha sido jamas acusado de favorecer á los jesuitas contra quienes ha escrito. El clero de Francia proscribió el jansenismo, así como los escesos de la moral relajada de que eran acusados los jesuitas; y los Papas no han mostrado menos cuidado y celo en reprimir los estravíos de los miembros de la compañía cuando los han hallado en falta, que en perseguir los errores de sus contrarios. Si los jansenistas pues atacaron con tanto ardor á los escritores de la compañía, era por hacer una diversion util á sus intereses, y por apartar de sí la atencion de los pastores. Ellos mismos son los que han querido hacer creer que el jansenismo no era mas que una fantasma; ellos digo, son los que se han entretenido en hacer del pretendido poder de los jesuitas un espectro destinado á imponer á los crédulos. Tales fueron los motivos que dirigieron la pluma de Pascal. Se conocen las *Provinciales* de este habil escritor: ellas han hecho gran fortuna, y no han contribuido poco á introducir en muchos espíritus el disfavor sobre los jesuitas. Leyendo estas *Cartas* no se cuida mucho si los retratos que allí traza su autor son muy asemejados, si ha cargado sus colores, si los escritores que quiere inmolar á la risa han dicho realmente lo que les hace decir: no se piensa que Pascal, segun el testimonio de sus mismos amigos, consultaba por lo comun memorias poco seguras, sobre las que fundaba discursos;

que no era teólogo, y que algunas veces se contradice á sí mismo : el lector á quien divierte en sus sarcasmos no examina su solidez. « Todo el libro « estriba sobre falso (dice un historiador que por « su parte ha contribuido á la destruccion de los « jesuitas), en él se atribuyen diestramente á la « compañía las opiniones extravagantes de algunos « jesuitas españoles y flamencos : tambien se hubieran desterrado entre los casuistas dominicos « y franciscanos; pero eran solos los jesuitas con « quienes querian haberlas : procurábase probar en « estas cartas que ellos tenían formado un designio « de corromper á los hombres<sup>1</sup>... » Calumnia visible que su conducta rechazaba victoriosamente. Despues de las *Provinciales* vino la *Moral práctica*, en la que Pontchateau y Arnauld amontonaron en ocho volúmenes las falsedades y las injurias. Este repertorio de imposturas, censurado por los doctores de la Sorbona, condenado al fuego por un decreto del parlamento de París, y proscrito en Roma, cayó inmediatamente en el desprecio que

<sup>1</sup> «Hablando de buena fe (dice el mismo escritor), ¿debe juzgarse de « la moral de los jesuitas por la sátira ingeniosa de las *Cartas provinciales*? Seguramente debe hacerse por el padre Bourdaloue, por « el padre Cheminai, por los demas predicadores suyos, por sus « misioneros. Pónganse en paralelo las *Cartas provinciales* y los sermones de Bourdaloue : en las primeras se aprenderá el arte de la « burla, el de presentar cosas indiferentes bajo aspectos criminales, « el de insultar con elocuencia : en Bourdaloue se aprenderá á ser « severo consigo mismo, é indulgente con los demas. Pregunto en « este caso ¿en cuál de las dos partes está la verdadera moral, y cuál « de estos dos libros es util á los hombres? » *Carta de Voltaire al padre Latour en 1746.*

merecia : pero las fábulas que allí se habian insertado fueron despues reproducidas en tantos libelos, que el partido no perdió nada. El gacetero fué uno de los que mas eficazmente se encargaron de resucitarlas. El demonio del odio le inspiraba probablemente todas las injurias con que abrumaba la compañía y sus miembros. De todo se aprovechaba para cubrirla de desprecio. Los libros de los padres Pichon y Berruyer habian suministrado sucesivamente un alimento á su ojeriza, y un pretesto á sus diatribas<sup>1</sup>; pero la causa de Portugal vino á propósito á darle la mas bella ocasion de exhalar toda la hiel de que estaba empapado. No permitia aun poner en duda si los acusados eran culpables ó no : alababa extraordinariamente las medidas tomadas por el rey de Portugal, y exaltaba sobre todo el celo religioso, la moderacion y la clemencia de Pombal : la espulsion de los jesuitas era un rasgo de la mas alta sabiduría, y todos los soberanos eran convidados á seguir tan bello ejemplo. Estos elogios interesados valieron, segun dicen, al gacetero una caja de oro que le envió el ministro. Redoblando su celo esta rica recompensa se animó mas y mas á declamar contra gentes odiosas, y á procurar á los jesuitas de Francia la misma suerte que

<sup>1</sup> El libro de Busembaum hizo, á la misma epoca, gran ruido y sirvió de mucho para escitar los ánimos contra los jesuitas. En Tolosa lo mismo que en París se persiguió la obra, cuya doctrina era muy peligrosa y reprehensible sobre muchos puntos, y la reimpression pues era muy vituperable en tales circunstancias.

acababan de experimentar sus hermanos en Portugal. Un incidente poco importante en sí mismo favoreció sus esfuerzos. El padre La Valette, jesuita residente en la Martinica, se mezclaba en el comercio, y habia sacado una letra de cambio sobre el padre Sacy, su cohermano, que vivia en París: los Lioncy hermanos, y Gouffre, negociantes de Marsella, eran los portadores de este efecto: fué protestado; hubo allí negociaciones; el negocio fué largo y no se arregló: despues de algunas dilaciones la contestacion fué llevada al parlamento de París, en donde se pleiteó con mucho calor. En esta ocasion los abogados de los Lioncy empezaron á desencadenarse contra las constituciones de la compañía, y pretendieron hallar en ellas el germen de todos los desórdenes. No obstante estas constituciones no tenian cosa alguna que las distinguiese mucho de las de los otros religiosos; pero no se queria otra cosa que hallar pretextos: todo se convierte en armas para gentes que quieren el combate. Estas constituciones recomendaban con vigor la obediencia á los superiores como la base de la perfeccion religiosa: concluyóse de aquí inmediatamente que este precepto insinuaba diestramente que era preciso hacer sin escepcion cuanto mandasen los superiores, aunque fuesen crímenes, una rebelion ó asesinatos. Del mismo modo se discurrió con poca diferencia sobre los otros puntos de la regla. Unas pruebas tales parecieron convincentes á unos hombres ya preveni-

dos. En la audiencia del parlamento los abogados de la compañía fueron interrumpidos muchas veces con murmullos y gritería por los hombres moderados que llenaban la sala, mientras que los sarcasmos y sofismas de los defensores de los Lioncy escitaban numerosos aplausos. M. Pelletier de Saint-Fargeau habló en seguida por el ministerio público, y todo cedió en favor de los Lioncy. *El heroismo de su valor*, dice el juicioso gacetero, *parecia una maravilla increíble para nuestro siglo*. ¿Qué valor heroico era menester tener en efecto para caer sobre unas gentes que ya eran el blanco de tantos golpes? La decision del parlamento se dió en el mismo día (8 de mayo de 1761) con aclamaciones reiteradas, con golpes de pie y demostraciones vivas y multiplicadas de alegría de aquellos que habian acudido allí para gozar de su triunfo. Los jesuitas fueron condenados á cumplir las letras de cambio, y á pagar ademas cincuenta mil libras de perjuicios é intereses. No examinaremos nosotros la equidad de este juicio: el padre La Valette era culpable; pero se puede creer que en cualquiera otro tiempo no se hubiera hecho responsable á la compañía entera de la imprudencia ó delitos de un particular. Sea de ello lo que fuere, este asunto, al que en otro tiempo no se habria dado mas que una mediana atencion, adquirió en estas coyunturas una importancia extraordinaria. En tiempo de la causa de Portugal todos los jesuitas eran pintados como regicidas: en el proceso de los Lioncy se pretendió

que todos eran traficantes : así raciocina el odio. No se veía otra cosa que libelos<sup>1</sup> contra ellos : sus enemigos se habían persuadido que este era el momento de herir á golpes redoblados. A fuerza de escribir, de repetir las antiguas calumnias, de inventar otras nuevas, de escitar á sus partidarios, de poner en movimiento todos sus resortes, tuvieron en fin la complacencia de echar por tierra lo que los ofuscaba. Puede ser sin embargo que, á pesar de todos sus esfuerzos, no hubieran logrado ejecutar su proyecto, si otra secta no hubiera venido á su socorro. Pero los nuevos filósofos, que trabajaban tan poderosamente por la destrucción de la religion, habían calculado que la estincion de las órdenes religiosas era uno de los primeros medios que debían poner en uso. Parecióles que era preciso sacrificar desde luego á los jesuitas : coligáronse contra ellos : la asociacion de los dos partidos en este encuentro no es dudosa. *Los parlamentos*, dice d'Alembert en su Correspondencia, *creen servir á la religion, pero sirven á la razon sin pen-*

<sup>1</sup> Efectivamente, todos los dias salían libelos nuevos. Todos los corifeos del partido habían reunido sus esfuerzos. Clemencet, Coudrette, Barral, Gourlin, Guidi... y otros escritores entonces famosos, hoy olvidados, tenían sin cesar la pluma en la mano para denigrar la compañía entera. Buscaron también, según parece, fuera de su seno atletas que les favoreciesen. Diderot, en una carta al padre Castel, asegura que se le ofreció dinero y memorias para vengarse de los jesuitas ; pero que rehusó uno y otro. Rousseau, en su carta á M. de Beaumont de 1763, habla también de semejantes proposiciones que le fueron hechas, y lo repite aun en otra carta impresa, fecha del 28 de mayo de 1764.

*sarlo : ellos son unos ejecutores de la alta justicia por la filosofía de quien toman las órdenes sin saberlo.* Con poca diferencia habla del mismo modo en un pequeño papel que publicó en aquel tiempo sobre la destrucción de los jesuitas. Allí hace honor de este acontecimiento á los enciclopedistas, y bajo el nombre de un autor desinteresado anuncia todas las esperanzas que él y los suyos concebían de esta destrucción. Por otra parte todo favorecía en esta época los votos de los dos partidos reunidos : habíase experimentado bastante la debilidad del príncipe ; y los desastres de una guerra desgraciada, como también otras causas que son bastante conocidas, habían contribuido á envilecer la autoridad, y á exaltar algunas cabezas. Las disposiciones del parlamento no eran equívocas : el ministerio era poco favorable á la religion : el duque de Choiseul, que gozaba de toda la confianza del príncipe se mostraba el patron de la nueva filosofía, y el protector de los escritores que habían emprendido aniquilar el cristianismo : no amaba al clero, menos aun á los religiosos : dejó pues atacar impunemente á los jesuitas, y aun se pretende que él animó á los parlamentos á dar los primeros golpes, y que sin darlo á entender puso delante los mas ardientes, hasta que á fuerza de insinuaciones y de intrigas movió al rey á sancionar por decirlo así los escesos de sus tribunales.